

La buena voluntad wichí

Una espiritualidad indígena

John Palmer

Grupo de Trabajo RUTA 81
Formosa y Salta
Gran Chaco Argentino
2005

La buena voluntad wichí: una espiritualidad indígena

Autor:

© John Palmer

Editores:

- * Apcd, Asociación para la Promoción de la Cultura y el Desarrollo - apcd@ciudad.com.ar
- * Asociana, Acompañamiento Social de la Iglesia Anglicana del Norte Argentino - rmasociana@arnet.com.ar
- * Cecazo, Centro de Capacitación Zonal - cecazotigre@hotmail.com
- * Eprasol, Equipo para la Promoción y el Acompañamiento Solidario - equipojuarez@arnet.com.ar
- * Fundapaz, Fundación para el Desarrollo en Justicia y Paz - fzbermejo@arnet.com.ar; bermejo@fundapaz.org.ar
- * Franciscanas Misioneras de María, Laguna Yema
- * Parroquia Nuestra Señora de la Merced, Las Lomitas - fnazar@ciudad.com.ar
- * Tepeyac, Asociación Civil - tepeyac@orarnet.com.ar

Traducción:

Rosa María Torlaschi

Corrección de estilo y Gráficos:

Ana Dell'Arciprete

Diseño de tapa:

Volpe Fox S.A.

Impresión:

Volpe Fox S.A.

ISBN

Fotografías:

El autor

Financiación de traducción e impresión:

- *Misereor – Obra para el Desarrollo de la Iglesia Católica Alemana
- *Programa DIRLI – “Desarrollo Integral de Ramón Lista”. Formosa. Convenio ARG /B7 – 3010 /IB /94 /152. Argentina – Comisión Europea

El autor y los editores tienen los derechos reservados sobre la presente obra.

Se permite la reproducción parcial y distribución de los contenidos de “La buena voluntad wichí: una espiritualidad indígena” en tanto se cite la fuente. Sin embargo, la reproducción del libro no se autoriza sin el consentimiento del autor y editores.

Se prohíbe el uso del libro con fines contrarios al derecho indígena.

Los editores no se hacen responsables de la representación e interpretación del discurso wichí que el autor presenta.

Grupo de Trabajo RUTA 81
Formosa y Salta
Gran Chaco Argentino
2005

Es deber del hombre servir al espíritu con todas sus potencias y recursos, porque el espíritu es la finalidad suprema de la existencia humana y su máxima categoría.

Es deber del hombre ejercer, mantener y estimular por todos los medios a su alcance la cultura, porque la cultura es la máxima expresión social e histórica del espíritu.

Y puesto que la moral y buenas maneras constituyen la floración más noble de la cultura, es deber de todo hombre acatarlas siempre.

Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre

Bogotá 1948

Tabla de materias

Listado de Mapas, Cuadros, y Figuras	000
Apuntes preliminares	000
Agradecimientos	000
Ozlämet ta t'ichún	000
Dedicatoria	000
Prólogo	000
Introducción	000
1 Cuatrocientos años de buena voluntad wichí	000
2 La ecología de la buena voluntad wichí	000
2.1 Los ámbitos natural y cultural en orden	000
2.2 Los ámbitos natural y cultural en crisis	000
3 La cosmología de la buena voluntad wichí	000
3.1 'La formación de la mujer'	000
3.2 'La formación de la pareja'	000
4 La estructura social de la buena voluntad wichí	000
4.1 Parientes y parentelas	000
4.2 Afinidad y matrimonio	000
5 La defensa de la buena voluntad wichí	000
6 La metafísica de la buena voluntad wichí	000
6.1 La voluntad individual	000
6.2 La voluntad social	000
6.3 La voluntad chamánica	000
6.4 La voluntad póstuma	000
6.5 Conclusión	000
Anexos	
1 Nota sobre la ortografía	000
2 La filosofía del "alma"	000
3 Compilación selectiva de la narrativa wichí	000
3.1 <i>Tío Travieso y los pichones de Gualacate</i>	000
3.2 <i>Pájaro Carpintero y la hija del Sol</i>	000
3.3 <i>El robo del fuego</i>	000
3.4 <i>El origen de los ríos</i>	000
3.5 <i>La Luna y su bisnieta</i>	000
3.6 A. <i>El gran incendio</i>	000
B. <i>El origen de la selva</i>	000
3.7 <i>El origen de las Pléyades</i>	000
3.8 <i>Murciélago y su esposa infiel</i>	000
3.9 <i>La mujer estrella</i>	000
3.10 <i>El origen de las etnias</i>	000
4 Índice toponímico	000
Bibliografía	000
Índice	000

Listado de Mapas, Cuadros, y Figuras

Mapas

Mapa 1 Territorio Wichí	000
Mapa 2 Zlaqatahyi	000

Cuadros

1 Los Wichí y los pueblos indígenas vecinos	000
2 Parentelas de los Wichí occidentales	000
3 Matrimonios con <i>ezl-qat'ój</i> en Hoktek T'oi	000
4 Ingredientes de la aloja wichí	000

Figuras

1 'El origen de los ríos'	000
2 Términos de parentesco wichí	000
3 Genealogía de la comunidad Hoktek T'oi	000
4 Dos grupos de residencia wichí	000
5 Términos afinales wichí	000
6 Componentes de la categoría <i>ezl-qat'ój</i>	000

Apuntes preliminares

- **Listado de siglas de parentesco**

Las siguientes siglas se utilizan para representar las especificaciones genealógicas:

		SIGLA	
NIVEL GENEALOGICO	+ 1	P = progenitor (padre o madre) Pa = padre Ma = madre	C = cognado (masculino o femenino) Cm = cognado masculino Cf = cognado femenino
	0	S = sibling (hermano o hermana, propio o clasificatorio) Hno = hermano (propio o clasificatorio) Hna = hermana (propia o clasificatoria)	E = cónyuge Eo = esposo Ea = esposa
	- 1	H = progeñie (hijo o hija) Ho = hijo Ha = hija	

- > mayor (p.ej. Hno> = hermano mayor)
- < menor (p.ej. Hna< = hermana menor)
- (+) mayor que el sujeto (p.ej. HaHnoMa(+)) = hija del hermano de la madre, mayor que el sujeto)
- (-) menor que el sujeto (p.ej. HoHnaPa(-)) = hijo de la hermana del padre, menor que el sujeto)
- h.m. hablante masculino
- h.f. hablante femenino

El signo † indica que el pariente (cuya sigla está precedida por el signo) ha fallecido. Por ejemplo:

Ea†Hno<Pa = esposa del finado hermano menor del padre

Ho(†Pa)Hna> = hijo (huérfano de padre) de la hermana mayor.

- Las referencias internas a los capítulos del libro se indican con el símbolo /§/.
- Citas textuales se presentan entre comillas dobles (“ . . . ”), mientras que se usan comillas simples (‘ . . . ’) cuando se trata de una traducción al castellano.
- La flora y fauna autóctona se identifica con sus nombres wichí y, de ser conocidos, sus equivalentes castellanos. La clasificación científica se consigna en Arenas (2003).
- Los nombres de los pueblos indígenas se escriben con mayúscula (p.ej. los Wichí).
- El sistema ortográfico adoptado para la transcripción del idioma wichí se explicita en el Anexo 1. Sin perjuicio del sistema utilizado, se respeta la ortografía establecida para la transcripción del nombre de la organización indígena Asociación Lhaka Honhat.
- A los efectos de la economía estilística, el referente en todo momento (si no se indica lo contrario) es un sujeto masculino.

Agradecimientos

Este tributo al pueblo wichí lleva varios años de preparación, y en ese tiempo he contraído numerosas deudas, tanto materiales como morales. Si bien el libro en sí se ofrece en reconocimiento por todo el apoyo brindado, me es muy grato nombrar a las personas cuya influencia ha sido determinante.

Los datos etnográficos de primera mano se deben a las comunidades wichí de los territorios conocidos como Zlaqatahyi y Lhaka Honhat. En un primer momento, las comunidades wichí del Departamento Ramón Lista, Provincia de Formosa, ayudaron a encaminar el escrito que se presenta aquí. Ya fallecieron los ancianos que actuaron como mis primeros preceptores –Cayatas, Zliyëqois y Chenpā– pero, con el permiso de sus hijos, se reproducen aquí sus imágenes y el recuerdo imborrable de sus enseñanzas.

De los muchos Wichí que me han ayudado a conocer a su pueblo y su cultura, no puedo dejar de nombrar personalmente a: Francisco Pérez, el primer Wichí a quien conocí, en el año 1974; Juan Toribio, anfitrión en el año 1976; los hermanos Luis y Tomás Felix, y los cuñados Mateo Aparicio y Nazareno Sánchez, acompañantes claves a principios del año 1978; José Ruiz y todos los miembros de su familia extensa, en cuyo seno he vivido durante varios años; Simeón Pérez y Juanita Frías, bondadosos vecinos de los últimos tiempos; y Basilia Pérez, mi querida esposa wichí.

Por el estrecho vínculo que esta publicación tiene con la tesis inglesa de la que surge, es importante reiterar las deudas de agradecimiento contraídas en el marco de aquella primera versión. En primer lugar, por su rol contundente en la formación académica del trabajo, expreso gratitud a mi director de tesis, Peter Rivière, como también a los dos miembros del jurado evaluador, Joanna Overing y Bob Barnes. Asimismo no quiero dejar de mencionar a dos colegas y amigos que ayudaron significativamente en la producción de la tesis: José Braunstein, quien siempre estimuló de la manera más acogedora nuevas investigaciones en la materia a la que él mismo se dedica; y Mario Califano, quien proveyó con suma generosidad el espacio físico donde se redactó la disertación.

El Capítulo 2 es el fruto de un proyecto de demarcación de las tierras de Lhaka Honhat que la fundación Survival International (www.survival-international.org) coordinó en el año 1991. La intervención de la fundación se dio en respuesta a una invitación extendida por el gobierno de la provincia de Salta, a través de Jorge Arias. A Jonathan Mazower, Cristobal Wallis y Helena Oliver les reconozco la oportunidad que me dieron de participar en el proyecto, con fondos aportados por la Organización Interecuménica para la Cooperación para el Desarrollo (ICCO) de Holanda.

Si no hubiera sido por la invitación brindada por el obispo anglicano Pat Harris, quien en 1974 me hizo llegar a Algarrobal (“Misión Chaqueña”), quizás no iba a conocer el mundo wichí. Además, los trabajos de campo que empecé a realizar a partir de esa presentación fortuita siempre se beneficiaron de la hospitalidad de los misioneros anglicanos de la South American Missionary Society. Recuerdo especialmente los gratos tiempos que pasé en compañía de Nick y Catherine Drayson, Michael y Virginia Patterson, †Peter y Frances Tyson, David y Rachel Leake, Maurice y Jill Sinclair, †John y Liz Mowll, Glyn Jones y su familia, Dick y Jenny Hines, y José y Alicia Cicka.

La presente traducción de la tesis al castellano, como también su publicación, se debe exclusivamente a la iniciativa tomada por las ONGs dedicadas al acompañamiento y asesoramiento de las comunidades wichí de las provincias de Formosa y Salta. Quisiera reconocer el valor del apoyo brindado por aquellas instituciones –y por las personas que las integran, actualmente y en el pasado– haciendo mención específica de: la Asociación para la Promoción de la Cultura y el Desarrollo (APCD), ASOCIANA, CECAZO, EPRASOL, las Franciscanas Misioneras de María, FUNDAPAZ y TEPEYAC.

Desde sus comienzos, la iniciativa fue inspirada y animada por el P. Francisco Nazar, cuyo compromiso con la causa indígena se trasluce en el Prólogo con que honra esta contribución a la labor que él personifica.

Me siento muy afortunado por haber podido contar con la colaboración de dos mujeres que trabajaron con suma diligencia y perseverancia en la preparación del manuscrito: Rosa María Torlaschi, la traductora; y Ana Dell'Arciprete, quien realizó los gráficos e hizo la corrección de estilo. (No obstante, el autor se hace responsable de las imperfecciones de que adolezca la versión final como consecuencia de los retoques inoportunamente introducidos por él.)

En lo que hace a la parte financiera, agradezco a los siguientes organismos ingleses y argentinos que apoyaron mis investigaciones doctorales: el Department of Education and Science; Exeter College y el Latin American Centre, ambos de la Universidad de Oxford; la Humanitarian Society; el Spalding Trust; el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) juntamente con la Royal Society de Londres; y la Fundación Antorchas.

Mi participación en la preparación del libro se hizo posible gracias a fondos proporcionados por el Gobierno y los Ayuntamientos de la isla de Gran Canaria (España) en el marco de un proyecto socioambiental destinado a las comunidades wichí de Zlaqatahyi. Esos fondos fueron administrados por la fundación Survival International, a través de sus oficinas en Madrid y Londres. En particular, agradezco la colaboración de Diana de Horna y los socios de la fundación que habitan en La Palma, capital de Gran Canaria. Asimismo, agradezco a las comunidades wichí de Zlaqatahyi por haberme permitido un año de licencia para completar el libro.

Por otro lado, ha sido más que fundamental el apoyo brindado por cuatro amigos –Jeremy MacClancy, Peter Parkes, Aida Hawila y Alan Bradley– quienes solventaron mis gastos de mantenimiento por medio de un fondo fiduciario administrado por la Universidad de Oxford Brookes (Inglaterra).

Dado que *La buena voluntad wichí* surgió en el contexto de la defensa y promoción del derecho indígena, es imposible no acreditar a otras dos entidades sin fines de lucro, junto con sus respectivos integrantes y simpatizantes, cuya participación solidaria ha sido indispensable en la concreción de las actividades emprendidas: Chacolinks (www.chacolinks.org.uk), cuyo equipo coordinador, bajo los auspicios de la fundadora Clare Passingham, ha llevado a cabo una tarea sostenida de apoyo vital a las comunidades de Zlaqatahyi, principalmente a la de Hoktek T'oi; y la Comisión de Juristas Indígenas en la República Argentina (CJIRA). Con respecto a esta última, su Presidente – el abogado kolla Eulogio Frites– fue el primero en postular la necesidad de contar con un libro donde se consignara información sobre el derecho consuetudinario de los Wichí. América Aleman –otro miembro de la Comisión y también abogada kolla– se ha esmerado en hacer valer ese derecho consuetudinario ante los tribunales del derecho romano que administran la justicia a la que se ven todavía sujetos los protagonistas de este estudio. Los avances legislativos y jurisprudenciales logrados por ellos y por otros abogados indígenas e indigenistas también influyen sobre la existencia del libro.

Entre las otras amistades que han dejado su impronta en la confección de este trabajo se destacan las compartidas con Fernando Aguilar, Néstor Aguilera, Pastor Arenas, John Armstrong, Esteban Avellaneda Alfonsín, Federico Bossert, Barry Cottrell, Cristina Dasso y Ricardo Pérez de la Hoz, †Andrew Duff-Cooper, Marcela Jaramillo, Tim Lewis, Rodney Needham, Rachel y Pamela Schiele, y Diego Villar. Otros dos caminantes enérgicos que han compartido parte del camino –Luis Zapiola y Alba Silva– han aliviado la caminata con su compañía. Agradezco también a Martín Bozzano, Marcelo Germino y Sebastián Gringauz su colaboración con la preparación de las reproducciones fotográficas.

Por fin, merece una mención especial la abnegada paciencia de mi madre y de mis hermanos a lo largo de los últimos treinta años de servicio antropológico.

Ozlāmet ta t'ichún

Ya-ihñāj, ofwenamhohén ta oqalaís ta ihi Formosa t'azl-naj-noye, ne'tik oyainto ahātai zlāmet hap estudio p'ante oyenzli, tsi ataho zlamil ta nihanayej inglés zlāntes. Wet hap ta tamenej ta inúpā libro-na, ta yāme zlimpaj mahyai ta amezl lěchufwen-pej-noyej.

Ozlam oqājzli t'at ta inúpā libro-na, tsi t'uhawetej chi oyaichajamehén mak ta alěwuk amezl. Zlā'ye ta oyenek lěha ihi āntes ta ihi lěhi-na, wet is chi ahātai-zleis tachahuamehén. Chi zlamil iwoye, wo-lāk neche amezl lěqazlilá p'iyē zlamil lětichunayaj.

Elat ihichelá ezl ta yāme ta ishit'a ozlenek-na, tsi inālitchoye mahyai ta tāzle atetsezl p'ante. Chi mǎzlyejtsó, oyuk ihichet'a mak ta níśǎ ta ot'ukwe chi tǎzliyela zlaqalibro-na. Tajzlamě ta onítyene t'at chi lěpeyaq ihi hap amezl ahányajai. Wet is chi lěsílatyaj ihi lěpeyaq-tso yāmtilek wawuzli lěsílatyaj ta ihi ahányajai.

Zlā'ye ta oyuk ezl chi t'unlak itaihyat lěqatāhnai zlāntes, zlaiyene t'at ahātai lěkwenek.

Este libro se dedica a los Wichí de Zlaqatahyi y de Lhaka Honhat

Prólogo

“La agresión más feroz del colonizador ha sido despojarlos de su historia, porque sin historia no se es y con una historia falsa, ajena, se es otro pero no uno mismo.”

Guillermo Bonfil Batalla

Tokfwaya se sentó con majestuosidad en su sillón de tierra con sus piernas bien plegadas, erguida y esbelta como una garza morada. Su majestuosidad se imponía en su hermosura, en sus ritmos, y en esa serena tranquilidad que tienen las maestras del espíritu. Era hija de un Hiyawu y bella como la estrella reluciente Qatés Zlokwetaj que, buscando compañero, un día bajó del cielo donde vivía con las estrellas y que en realidad era mujer pero también estrella.

Tokfwaya sabía que había descendido del cielo como las mujeres originales porque así lo cuentan las abuelas y los abuelos con palabras llenas de misterio y de encanto que nunca mueren porque están bien guardadas en sus cofres de corazón. Este descender del cielo desde una larga escalera de chaguar hecha por ellas, le dio su lugar a Tokfwaya en la aldea y en el mundo. Su “lewet” que nadie le puede arrebatarse.

Tomó el barro en sus manos que no eran solo manos sino transmisores y hacedores de husek y, serena, comenzó a amasar. No era cualquier barro el que acariciaba, ni era con cualquier agua con que hacía su greda. Sus limpios y transparentes dedos iban y venían como si fuera una ágil danza ritual. De tanto ir y venir parecía como que ella y la tierra y el barro mismo y sus colores y el cielo y la tierra se confundían y eran uno. Recordaba que un día su madre le contó que Nilataj había hecho a los hombres con la tierra. Esa misma tierra que ella ahora amasaba, que es barro pero también espíritu, le iba contando a la alfarera, los mágicos y recónditos secretos del universo. Y ella escuchaba y contemplaba.

Y mientras creaba su obra maestra, Tokfwaya a su vez iba soplando sus secretos en su frágil criatura, escribiendo con tinta de viento sus palabras mágicas para que los otros las leyeran desde los ojos donde se es Wichí. Había que mantener el husek siempre vivo, siempre colectivo y siempre animado por los ancestros. Ellas, que son del cielo, saben que es tragedia quedarse sin “alma” porque es causa de enfermedad y de muerte.

Desde muy antiguo las sabias mujeres de la aldea escriben con tinta de viento en los cántaros y en las yicas páginas enteras de espiritualidad que mantienen viva su alma y la memoria colectiva de su pueblo.

El Pueblo Wichí es un pueblo cuya vida gira en torno a su husek, que es muy suyo, centro de su vida, de su actividad cotidiana y de la vida de la aldea. Está en función de los otros porque, además de suyo, pertenece a todos, es colectivo. No se entiende nunca al husek como propiedad privada.

La quietud, el estado de tranquilidad, de aparente inmovilidad, de disposición interna a la escucha y a la observación, aún en momentos de sufrimiento y dolor muy intensos, revelan un estado de autocontrol y buen temperamento, el letamsekihi, el equilibrio y la paz. Lo espiritual lo articula todo, es su chowej, el centro de su vida sin el cual nada funciona. “Neché nam husek” dice al despertar, “ha regresado mi husek”, el principio ordenador. La esencia de un ser humano es su espíritu. El amor, la persona, el misterio, la relación, el “husek ta yamlhy” es manifestación del espíritu con compromiso ético. Las palabras que no salen del husek son palabras mentirosas, sin compromiso moral y, por lo tanto, palabras de muerte.

Es tragedia en un Wichí perder su husek. Lo pone en crisis y en conflicto existencial, produciendo en su vida un desequilibrio total que afecta todo su primordial e intenso mundo de relaciones, dañándose a sí mismo y a los otros con quien vive en la aldea. Por eso los Wichí desde siempre han tenido, y tienen aún, sus especialistas y sanadores del husek que, llevando dentro de sí el dolor espiritual y social y sabiendo ver las cosas ocultas, navegan en viajes que sólo conocen los seres espirituales, en busca del des-almado que vaga perdido, hasta encontrarlo para devolverlo al individuo y a la comunidad. Y van en una difícil, riesgosa y agotadora búsqueda inhalando el cebil que potencia su recorrida y sus vuelos ayudados por el picaflor, la serpiente y el soplo mágico de los vientos. El hiyawu vive un estado espiritual, denso y profundo, como un arrobamiento de su husek que lo transporta fuera de su cuerpo en un verdadero éxtasis y lucha de sanación y de recuperación del des-almado. Estos hombres, despreciados y embrujados por la prepotencia occidental, son verdaderos místicos indígenas con la noble función de cuidar, proteger y dar su vida por lo más bello que tienen los seres humanos, su espíritu.

Para todos es tan importante el letamsekihi que el husek es alimentado por las abuelas con sus relatos de origen y sus mitos llenos de misterios y enseñanzas en fascinantes narraciones orales que hablan también en cada árbol, en cada bicho, en cada río y en cada átomo de vida. Mientras los hombres van caminando por las picadas del monte y las mujeres buscan el

chaguar, el hornero, la corzuela, el zorro, las pléyades y el yuchán y todo cuanto existe en su territorio, son como sus sagrados libros que leen y alimentan su husek. Y lo hacen muchas veces muertos de risa porque los relatos cuentan los misterios de la vida como la vida es, mezclada de picardía, transgresiones, fiesta y utopías.

La palabra clave de este libro es “husek” que no tiene traducción y que por lo tanto cualquier intento de definirlo es siempre parcial. John lo hace con maestría.

Este es un libro espiritual escrito por un hombre del espíritu que despojado de todo se sentó por años a los pies de los Wichí sus maestros y bebió del pozo de su sabiduría haciéndose uno con ellos.

Durante tres John Palmer nos compartió su tesis a un grupo de personas comprometidas con los Wichí y con la causa indígena. Queríamos conocer lo que llamábamos “el ser wichí” porque teníamos mucho miedo –y siempre lo tenemos– de dañarlos con nuestra activa presencia en sus comunidades y el peligro de introducir esquemas enajenantes y destructores de cultura y de personas. Así nos constituimos en una especie de grupo de estudiantes en torno al maestro que iba quitando las vendas de nuestros ojos enceguecidos y nos iba haciendo trabajar, discutir y reflexionar los distintos capítulos que componen este jugoso libro. Los encuentros que eran por aquí y por allí de este gran Chaco Central, los hemos esperado con ansiedad y disfrutado con la alegre admiración de encontrarnos con este escondido y desconocido tesoro de la humanidad. Y nos fuimos llamando espontáneamente los de “Ruta 81” porque sobre esta ruta vivimos los de Formosa y Salta que la integramos. Y con espíritu de caminantes descalzos de zapatos occidentales, nos introdujimos en este fascinante e inabarcable mundo wichí. Este prólogo, en realidad escrito por todos nosotros, es un homenaje humilde de gratitud que le hacemos al Pueblo Wichí nuestros maestros. Y a John, este pequeño gran hombre que en algo se parece a Tokwaj, el tío pícaro y travieso, que se hizo uno de ellos sin ser ellos, al descubrir el mundo wichí que captó con lucidez y amor. Porque si hay algo que John revela es su amor entrañable hecho gesto, sentimiento y vida con esta gente. “Wuj ta ihumin Wichí” dicen de él, ellos y nosotros, y somos testigos de su vida que valoramos y confraternizamos. De los Wichí hemos aprendido que el sentimiento es la verde sangre que corre por nuestras venas y da primaveras de vida. Desde ellos este sabio lo transmite ahora al mundo entero, muerto de risa como Tokwaj, rompiendo con los esquemas coloniales, rígidos y estúpidos con que los occidentales miramos a los Wichí.

John ha sabido mirar con los ojos de adentro y descubrir el valor de este pueblo, su ternura, sus pensamientos y vitalidad. Su primer sabiduría fue callar y escuchar y así aprender, admirado, la milenaria historia contada

desde ellos, con su cada historia y en su cada relato. Más que un libro escrito por él, es un ensayo escrito con tinta de viento por los Wichí, en mil días de estar estando y mil noches de fogón en los abrumadores silencios de Hoktek T'oi. Aprendió su lengua, comió sus comidas, compartió su hambre y también el desprecio, la discriminación, el atropello y la humillación como uno más de entre ellos.

No escribe desde la jactancia intelectual o desde el frío mundo de los científicos. Tampoco lo hace desde esa antropología sin indígenas, o con ellos solo un rato, que construye al aborigen a su antojo y parecer y no como verdaderamente lo es en la realidad. Para John, el primer antropólogo es el mismo Wichí. No es propiamente dicho un libro de antropología y no debe leerse sólo desde esa categoría. Es un libro de hondo contenido que presenta el ser wichí y la propuesta de un ser humano y de vida social que tiende a la sociedad perfecta.

Después que entró en él el viento de la inspiración que las mujeres y los hombres le iban dictando, pasó del silencio y la escucha a la conspiración activa para sumarse a ellos y a muchos otros a frenar las flechas venenosas y colonialistas de la intolerancia y de la muerte.

Describe la resistencia cultural de un pueblo que junto a los demás Pueblos Indígenas de Amerindia son los grupos humanos más negados y amenazados de nuestro continente, que se niegan a desaparecer y que cuanto más son pisados y enterrados, más florecen y se confunden con su entorno natural. “Los cientos de niños muertos y enterrados en la tierra de los ingenios azucareros son los que hacen que la caña florezca y cada vez siga floreciendo más abundante y más dulce”, decía Antonio Giménez, Wichí de Ramón Lista, Formosa, hablando de los campos de muerte que eran los ingenios azucareros de Patrón Costas.

John rompe con el mito de “civilización o barbarie” al describir el husek entendido como el órgano espiritual, parte inescindible de la persona wichí. Destruye así la ideología del “salvaje”, de colonialistas de ayer y de hoy, y de estructuras de países armados desde esa cabeza colonial que aún subsiste, ya sin tonada española. Nos muestra una cosmología llena de colores y valores aún no asumida como parte de la riqueza de nuestra diversidad cultural.

Desde ese mundo de exclusión al que se ha sometido a los pueblos indígenas, los Wichí nos muestran que lo importante es la *buena voluntad*, en un mundo envolvente hostil. Un mundo en el que los indígenas no tienen lugar, pero están allí, tozudamente, resistiendo el olvido y construyendo sus vidas. Quizás no se trate de cambiar el mundo, pero los Wichí nos interpelan

a dejarlos entrar en él desde las concepciones normativas de la persona que a ellos les son propias.

Es también un libro de antropología escrito por un antropólogo y un libro de espiritualidad, que justamente nos introduce a descubrir que estos maestros del espíritu, que son los Wichí, llevan una vida donde lo espiritual se funde con la vida cotidiana y precisamente eso es lo que le da la categoría de belleza. Los Wichí conservan una espiritualidad que occidente ha perdido.

Construir una sociedad multicultural y pluriétnica necesita esfuerzos para acercarnos a las culturas indígenas con una mirada humana, libre de preconceitos y prejuicios y con el corazón abierto al conocimiento del otro.

Un país multicultural necesita de esfuerzos como los de John Palmer. La mirada con que la sociedad envolvente mira al Pueblo Wichí estuvo y está sostenida sobre la discriminación. Conocer a las personas nos permite acercarnos a un mundo espiritual riquísimo que, a los no indígenas, nos interpela y desafía.

Esa construcción de un país multicultural supone que todas las formas de ver el mundo tienen cabida en la casa universal. Nos impulsa a superar el individualismo cultural y a aceptar que los Pueblos Indígenas son fuente de sabiduría y enseñanza. Nos hace caer en la cuenta de que no hay un sólo relato de origen en el mundo, ni que una cosmovisión es más que otra, ni patrón para todos.

Hay quienes piensan que el Pueblo Wichí es un pueblo sometido, esclavo de todos, desnutrido y vencido. Un pueblo llamado a la lástima. De todos los grupos indígenas –se suele escuchar– el Wichí es el más sometido y, si no, fíjense en que ellos no protestan, no hablan, son pasivos, no reaccionan y no buscan superarse. Los Wichí son distribuidores de la palabra que nosotros continuamente cortamos porque vivimos con la mente colonial, dando, interpretando, distribuyendo nosotros, manipulando y desacreditando.

En la concepción normativa de los Wichí, John nos acerca una comprensión del fenómeno humano distinta, atrapante. Suprime el “salvaje” al acercarnos a la noción de persona como producto de la voluntad. En uno de sus aspectos, nos revela la buena voluntad wichí como aspecto normativo de la persona, o dicho en otras palabras, no causar problemas. John nos dice que este aspecto se relaciona con la persona wichí como ser social, el ser humano interactuando dentro de su grupo, en su comunidad, con normas del bien y del mal que deben ser asimiladas. Se conforma así un ser humano que supera el egoísmo y se convierte en Wichí y comparte la vida con sus hermanos.

En la mentirosa retórica oficial de reconocimiento de los derechos de lo pueblos indígenas siempre se habla del “respeto a la cultura”. Generalmente, en una errada y obscena mirada cultural, la cultura hegemónica solo repara en lo que los Wichí llevan puesto, en sus artesanías y colorido, y se muestra ese mundo desde cierto exotismo construido desde una vidriera: la de los mal llamados usos y costumbres, la folclorización del indígena, su persona y comunidad como objeto de asistencialismo, de turismo y tantas otras lacras que padecen de parte de quienes pretenden gobernarlos a golpes de votos, sin siquiera intentar entenderlos.

John nos permite romper estos preconceptos a los hombres de buena voluntad y volver la mirada hacia nuestros hermanos wichí para aprender de ellos una nueva noción de persona y una nueva manera de construcción de relaciones sociales, y con ello entrar en el fascinante mundo de la diversidad. En definitiva nos muestra la riqueza del género humano que la civilización del dinero siempre nos impidió ver. Esta diversidad que nos sostiene como seres humanos y que permite que, precisamente por ser diversos, no nos extingamos.

En este extenso territorio wichí del Gran Chaco, varios somos los que desde hace muchos años compartimos la vida y el camino del Pueblo Wichí, desde una relación de compromiso difícil de definir y de explicar, pero que sin duda nos cambió para siempre y nos impulsó a caminar en esta vida junto a este pueblo.

Recuerdo el año 1975 cuando llevaba cuatro años viviendo en el territorio wichí de Ramón Lista, provincia de Formosa, aún con mis esquemas occidentales y monoculturales. Un día me pregunté ¿qué hago yo aquí? Y viendo una larga fila de hombres que iban con sus redes al río sentí de repente una voz que salía del corazón y de la piel de ellos que me decía “la ma, nekhen”, y una inspiración que cayó como un rayo de luz que a la vez me decía “andá y camina detrás de ellos”. Me puse pues en camino detrás de ellos y fui a pescar, a la pesca comunitaria con redes, a la de varios días sin tiempo donde comíamos, hablábamos, reíamos, dormíamos y vivíamos. Luego me llevaron y yo les seguía por detrás a la recolección de la miel, a campear la iguana, a buscar los frutos del monte como la doca, el poroto, la algarroba, el chañar, el chaguar ... Por medio de esas cosas que eran sin tiempo, sin apuros, fui aprendiendo a callar, a escuchar, a observar y a hacer silencio. En una atenta observación miraba, me admiraba y escribía todas estas vivencias en papelitos que llevaba en mi yica. Esa actitud me llevó a preguntar, a preguntar mucho, y a preguntar todo como un niño y así con los gestos y las palabras fui aprendiendo. Fui dándome cuenta que en la pesca alguien dirigía y que había una organización propia, que además todo estaba relacionado, que los espíritus cuidadores de la pesca estaban presentes y que después de ella había una fiesta, un verdadero banquete con su liturgia

y su compartir. Los Wichí permanentemente hacían memoria colectiva llena de valores, arte, técnica, música, estilos. Empecé a encontrarme con relatos que eran sus relatos originarios, de los que mucho habla John en este libro, con juegos, con instrumentos musicales, con miedos, con creencias que todos conocían. Fui dialogando y empecé a aprender el idioma. Fui haciendo cosas que ellos me enseñaban y a estar con ellos. A medida que íbamos entrando y entrando, caminando detrás de la fila india con corazón de discípulos, descubrimos un mundo maravilloso.

Era como encontrar un cerco grande como el que tienen los Wichí con sus plantas de zapallo, maíz, batata, sandía, caña de azúcar, que cuidan y protegen mucho, y de repente sentir que nos abren la puerta y nos invitan a entrar. Entramos al mundo wichí, a su territorio terrenal y espiritual y entramos al cerco. Y de ahí en más fuimos descubriendo este tesoro escondido. Eso nos hizo ir cambiando actitudes. Recuerdo que a ese cerco y a ese mundo entramos con María, la Felipa, mujer Amerindia, libre y encantadora, con un corazón enamorado y entregado al Pueblo Wichí. Su husek revolotea como un picaflor en el corazón de la gente del Pilcomayo en Formosa.

La experiencia adquirida en la convivencia de una cultura marca y va logrando saber distinguir lo que es enamoramiento de lo que es amor, como en los demás encuentros de la vida. Al principio el enamoramiento es tan grande que nada hay de malo y que todo es placer, belleza, puro y limpio. Uno está como hipnotizado y verdaderamente enamorado. Todo lo ve con ojos de admiración! Y hasta coqueteamos orgullosos de que los demás nos vean del brazo de la amada o del amado. El amor necesita de este primer momento de noviazgo para que luego se haga sólido nuestro compromiso con cualquier persona o causa. El mayor regalo de las personas es poder cultivar el amor que vamos creando en nuestro camino porque es lo único que permanece. Todo cambia, pero sólo permanece lo que se hizo con amor y desde el amor. Con este pueblo he vivido mi enamoramiento y luego mi amor sólido y desnudo como suele pasar en las relaciones con la familia, parejas, amigos.

Estas experiencias personales, que cuestan describir porque son de amores, están puestas en palabras escuchadas por John del Pueblo Wichí, y nos hacen dar cuenta de los muchos significados que tiene el caminar junto a un pueblo que habla al corazón y ofrece su corazón. Es tan veraz el Wichí, que piensa que el otro tiene sus mismas intenciones limpias y ofrece su husek aun a los que se presentan con el cuchillo bajo el poncho o como ovejas que en realidad son lobos feroces. Pero no es sentimentalista, ni ingenuo, pues sabe perfectamente que el otro tiene su cuerpo invadido por los demonios del mal. Cuando, por otro lado, ve en el otro a un caminante descalzo y respetuoso dice de él: "Elh chi le husek ihi, ikalhy Wichí" (tiene su husek

tranquilo y por eso la gente lo quiere). John nos da la posibilidad de volver a celebrar la vida repensando y redescubriendo los sentidos y significados de muchas de las experiencias vividas con el Pueblo Wichí en esta apasionante construcción de la casa común.

Lamentablemente las políticas oficiales de los gobiernos en los territorios donde vive el Pueblo Wichí de la Argentina persisten en sus actitudes etnocéntricas buscando que el indígena se integre en la más baja escala social y deje de ser indígena para convertirse en un pobre más. También pretenden hacer indígenas partidarios, desatendiendo la autodeterminación que tiene un pueblo que vive su vida según su propia concepción política, económica y cultural. En el más abyecto de los sentidos, a los actuales dirigentes políticos y estados provinciales les interesa primordialmente el indígena como sujeto de voto. Para ellos, el fin justifica los medios y aprovechan las necesidades básicas insatisfechas como arma de dominación y de sometimiento cultural. Los Wichí, como los demás Pueblos Originarios, han sido y siguen siendo despojados de sus territorios, oprimidos y explotados en esta era de neo-colonialismo. Este libro no es para aquellos personajes que continúan empeñados en lanzar las nuevas y sofisticadas flechas coloniales de muerte y destrucción.

La inculturación es un proceso por el cual una persona sale de su cultura, sin dejar de ser lo que es, para ir hacia el otro no para destruir lo diferente y diverso, sino para dejar de ser distante. En el camino se fortalecen mutuamente las identidades, y los unos y los otros se hacen nosotros en la dignidad que reconoce al otro como otro y en el amor que los une en el nosotros. Rompe esquemas coloniales y monoculturales.

La inculturación es también actitud. Es silencio frente al otro para observar, aprender, admirarse y valorarlo como otro. Es respeto hasta de aquello que uno no entiende. Es crítico ante el desvalor y las relaciones de dominación que también existen en el otro. Es dialogal y a la vez que escucha también anuncia. Es fortalecedor de identidad. Es camino que se hace con despojo y sandalias.

Ser persona humana supone reconocer al otro. No como carente, excluido o marginado en primer lugar, sino simplemente como otro. Otra persona, otro lugar social, otra experiencia de vida, otra cultura diversa a la nuestra con distintos y diferentes saberes, sueños, desafíos y proyectos de vida. Nosotros creíamos que todos los empobrecidos tenían esa única categoría de pobres, fuimos por tanto a los pobres universales. Y después de mucho tiempo, nos encontramos con pueblos diferentes y originales, únicos y diversos.

No hay proceso de liberación si desconocemos que cada pueblo y cada cultura tiene sus códigos, sus mitos y conceptos muy presentes y no perimidos, sus normas de vida, su idioma donde prevalece toda su cultura, su concepción de la economía, de la política, del derecho, su belleza, su canto y su arte. Reconocer al otro es entrar cuerpo y alma en el otro, sabiendo que a partir del otro se inicia la gran aventura del diálogo, de la interculturalidad, donde uno se nutre del otro y se alegra de descubrirse mutuamente en la desnudez y la transparencia de la vida, la transformación y la fiesta. En esta manera de estar uno descubre su identidad propia, su alma con sus bellezas y con su mal, y hace que el otro sea más otro y que uno sea más uno, como los distintos hilos de la yica, que son diferentes pero, relacionados, crean belleza y utilidad.

Mucha gente llega al aborigen con buena intención y con corazón sincero. El problema es cuando una persona va y llega con algo completamente armado porque cree que los indígenas como todos los pobres no saben, no sienten, no entienden. Hay personas y gente que cree, aunque lo disimulan, que los indígenas no son personas. Las mayores dificultades las ponemos nosotros y no ellos. Y una de esas dificultades es nuestra postura etnocéntrica y monocultural. El primer enemigo que tiene un agente externo en las comunidades indígenas es su propio etnocentrismo. Es el enemigo mortal de toda acción educadora, cuando pienso que mi cultura es la única referencia válida, que todo lo demás debe estar subordinado a mi forma de ser, de pensar y de actuar.

La distancia pierde su distancia por el camino donde los pueblos se abrazan, dialogan y viven la interculturalidad. Es en el camino donde nos damos cuenta del otro que no somos, y del nosotros que somos con los otros.

Decíamos los alumnos de Ruta 81 que los resultados que esperamos de este libro son:

- 3 Profundizar la comprensión de la cultura wichí, desde una perspectiva antropológica.
- 3 Generar un material de un alto valor conceptual y vivencial, que abra un espacio de diálogo e intercambio entre grupos humanos culturalmente diversos, como el pueblo wichí y otros pueblos y culturas.
- 3 Contribuir a superar formas de racismo, discriminación e intolerancia que padecen los pueblos indígenas del Gran Chaco, para favorecer un proceso de relaciones nuevas, basadas en el respeto de la alteridad y la diversidad.
- 3 Facilitar un proceso de fortalecimiento cultural en la zona del centro-oeste de Formosa y el este de Salta.

- 3 Contribuir, desde la cultura del pueblo wichí, a la sociedad en general.

Cuentan los Wichí: “... *talhame letseyeq ihi tát hala, ya'm atsi ihi fwalas tamqyai. Lham hino ihi lhey tsunaj nekche lhip hiwen tahuyej taij yoqaw: yo whalas tetsi ya Pat nem hi Pa wenthy lham ilunlhy lham ifwiyalhy pe lham kapfwayej lham népha Tokwaj chik no'm*”.

“Tokwaj cayó del pájaro
y quedó muerto en un palo,
hasta que estuvo muchos días
y se secó.
Hubo un hombre llamado picaflor
que pasó a su lado,
y lo vio y dijo:
‘¡Ay mi amigo pobrecito!
Aquí había estado,
con razón no lo veía!’.
Y revoloteó varias veces a su alrededor.
Voló por encima
y le dio poder bueno que transforma.
Y entonces se levantó Tokwaj
como si despertara de un sueño”

Tokfwaya, que sabe que los Wichí no han muerto y que el husek vive en cada uno, sueña sus sueños de que ese su cántaro se llene siempre de agua viva para que el husek de su gente nunca muera de sed y espanto.

Francisco Nazar (Pälé)

Las Lomitas (Formosa), marzo de 2005

Introducción

Nosotros estamos afligidos, porque de golpe vienen todas estas empresas que desmontan y nos quitan todo. [. . .] No desmontan diez o veinte hectáreas, desmontan miles de hectáreas. [. . .] Nosotros necesitamos el monte para que nos alimente. [. . .] También lo necesitamos para sembrar [. . .] y especialmente para leña [. . .]. Que dejen tranquilo el monte. Por eso pedimos que nos devuelvan la tierra.

(Entrevista celebrada entre representantes wichí de la cuenca del río Itiyuro y el Equipo de Pueblos Indígenas. Buenos Aires, septiembre de 2002)

La buena voluntad wichí es la traducción al castellano de la tesis doctoral que el autor presentó en 1997 en la Universidad de Oxford. Mejor dicho, es la traducción de una versión corregida de la tesis, ya que en el tiempo transcurrido desde que completó sus investigaciones universitarias el autor pudo afinar su percepción de la buena voluntad wichí.

A la hora de publicar los resultados de las investigaciones que empezaron en 1976, es un hecho indiscutible que en el mismo período se editaron numerosos trabajos importantes dedicados al estudio de la cultura de los Wichí y de sus condiciones actuales de vida.¹ Como bien lo dijo una vez un Wichí, hablando del mundo en general, “se han dicho muchas palabras ya” (Dasso 1999: 221). Al ser así, ¿en qué medida se puede contribuir a los extensos conocimientos que ya tenemos al respecto?

En primer lugar, es importante subrayar la creatividad de la cultura wichí, que tiene incorporada la diversidad como un principio constitutivo. A diferencia de su ética de la buena voluntad, que opera en un sentido unificador, la diversidad pone a resguardo las identidades propias de las partes que conforman el todo. Si bien la variabilidad se nota más a nivel regional, también se evidencia a nivel local, donde la divergencia en lo que hace al idioma y las ideas es prerrogativa de cada grupo (cf. De La Cruz 1997: 19; Arenas 2003: 385). Como consecuencia de la diversidad cultural propia del mismo pueblo wichí, es poco factible que se produzca una representación única y definitiva de su cosmología. Aunque exista consenso a grandes rasgos, siempre habrá disenso con respecto a los detalles, y viceversa.

Al ser la cultura wichí una realidad sutilmente multifacética, todos los estudios y las observaciones aportados a través de los tiempos por los etnógrafos, los misioneros,

¹ Ver la Bibliografía, que no llega a ser exhaustiva.

los militares y otros escritores contribuyen en forma acumulativa a su conocimiento y comprensión. En ese sentido, el presente trabajo es una síntesis de los escritos anteriores de otros autores, de los que se nutre, al igual que se nutre de las enseñanzas de los mismos Wichí. Pero no pretende ser una mera recopilación de datos, sino presentarlos en el marco de un análisis antropológico. Por lo tanto –y por objetivos que sean los datos consignados– la presentación trae aparejada una interpretación humanística. De ahí surge la segunda justificación de esta nueva publicación referida a la cultura wichí. Es que la antropología tiene en común con el arte una libertad intrínseca en cuanto a las diversas maneras en que puede representar la realidad que describe.

Por otro lado, *La buena voluntad wichí* cumple un rol implícitamente político, porque tiene como objeto aplicar la antropología a la defensa y promoción de los derechos humanos del pueblo indígena contemplado. Con el propósito de repercutir sobre una realidad intercultural signada por los “sempiternos abusos” de los que es víctima el pueblo wichí (Arenas 2003: 90), la antropología apunta en este caso a poner de relieve una cosmología discriminada. Busca así sentar las bases de una instancia de mediación entre la parte agredida y la parte agresora. La instancia de mediación prevista es de tipo teológico –al estilo de un diálogo entre Nilataj y Jehová, las respectivas divinidades de las partes– porque, en el fondo, la crisis intercultural que afecta a los Wichí se debe al enfrentamiento de dos concepciones opuestas de lo sagrado.

Cabe aclarar que el libro no se explica sobre la crisis intercultural que afecta a los Wichí. El silencio que guarda al respecto obedece a que la tesis que reproduce se insertaba en una tradición académica cuyo enfoque no es la agonía de un pueblo indígena sometido al etnocidio colonial. Al contrario, su enfoque es la vitalidad de una cultura indígena autónoma que se mantiene vigente a pesar de esa campaña etnocida. Al dar a conocer la cultura wichí en un contexto libre de la interferencia externa a la que está sujeta desde hace cuatrocientos años, la intención no es encubrir y desatender los agravios que resultan de esa interferencia, sino darle la palabra a una voz siempre desoída.

No obstante, corresponde esbozar, a modo de introducción, el contexto en el que actualmente perviven los Wichí. Si nos limitamos a los que protagonizan la presente obra –es decir, los que viven en los territorios conocidos como Zlaqatahyi y Lhaka Honhat en la provincia argentina de Salta– podemos decir que, en términos generales, tienen vulnerados todos los derechos indígenas garantizados por la legislación vigente en el país. Sin necesidad siquiera de considerar los derechos adquiridos a la salud y educación no indígenas, basta atenerse al derecho que les asiste a los Wichí de disponer de lo propiamente suyo –su territorio ancestral y su identidad cultural– para darnos cuenta de cómo los gobernantes están apartándose de la voluntad de los legisladores.

El territorio que los Wichí conocen como Zlaqatahyi ('Nuestra Selva') se sitúa en la cuenca del río Itiyuro, sobre el borde occidental de la llanura chaqueña. Con una extensión aproximada de 100.000 hectáreas, forma parte de la franja de transición ecológica entre el Chaco y las Yungas. La cobertura forestal combina especies características de ambos ecosistemas vecinos. Por un lado, incluye los cactus, pastos y árboles de madera dura caducos de la selva tropical semiárida que se extiende hacia el este. Por el otro, comparte elementos de la selva nublada de los valles del pedemonte andino al oeste. Como en todo el extenso territorio tradicional de los Wichí, el afán oficial siempre fue el de eliminar la diversidad autóctona, tanto a nivel biológico como cultural. Como corolario de esa política reduccionista, las características del ecosistema de Zlaqatahyi se desconocen casi por completo. El trabajo de Arenas (2003) referido al curso inferior del río Pilcomayo es el único estudio sistemático de la etnobiología wichí.

Los Wichí de Zlaqatahyi constituyen una de las múltiples comunidades regionales que conforman entre sí el pueblo wichí. Son doce las aldeas con asiento en la cuenca del Itiyuro, con una población total aproximada de 1.000 personas, entre hombres y mujeres, adultos y niños.² A principios del siglo XX las tierras de Zlaqatahyi ya habían sido transformadas en propiedades privadas, sin que los habitantes indígenas tuviesen conocimiento del hecho. El Dueño de la Selva –deidad propia de la cosmología wichí– ya tenía nombre y apellido. En 1911, Robustiano Patrón Costas figuraba como titular de 23 mil hectáreas que incluían dentro de sus límites a las aldeas actuales de Hoktek T'oi, Holotaj y Qanohitaj (Lapacho Mocho, Tonono y Pacará, según las designaciones no indígenas). Hoy en día, como consecuencia de las transferencias de título que hubo a través del tiempo, el patrimonio territorial de los Wichí de Zlaqatahyi está dividido en unos setenta títulos particulares, donde cada uno abarca como promedio una superficie de 2.000 hectáreas.

Además de provocar la expulsión de un tercio de la población wichí original, la usurpación de las tierras de Zlaqatahyi estuvo acompañada por ilimitados daños ambientales. Desde la década de 1930, cuando se fundó la ciudad fronteriza de Tartagal en el límite occidental del territorio, Zlaqatahyi ha sido saqueada indiscriminadamente de sus maderas duras. A la par de la tala clandestina, que en la actualidad alcanzó niveles extremos, han sobrevenido todos los demás males contemporáneos que afectan a las selvas tropicales del mundo: colonización, pastoreo de ganado, prospección petrolera y construcción de caminos, oleoductos y gasoductos. Ultimamente, desde hace quince años, se ha desatado en Zlaqatahyi una campaña ecocida de deforestación. En nombre de los agronegocios, el ecosistema milenario está siendo arrasado y reducido a cenizas.

² Según el primer censo indígena nacional, realizado en 1967/8, los Wichí de Zlaqatahyi fueron estimados en 541 (Ministerio del Interior 1968: ii.163 y ss.).

El hábitat biodiverso cuyos recursos los Wichí han cosechado en forma sustentable durante siglos se está convirtiendo en un sembradío industrial saturado de agroquímicos para la producción masiva de cultivos comerciales, como por ejemplo la soja transgénica.

Siendo los Wichí un pueblo de la selva, la deforestación es el fin del mundo que ellos conocen. Según su cosmología, el mundo es una selva circundada de ríos y montañas. Destruir la selva es cercenar la relación que los Wichí mantienen con la tierra. Los deja aislados en un paisaje monótono e irreconocible donde sus propios topónimos ya no tienen sentido, pues las topadoras eliminan los sitios a los que hacen referencia. Sin hablar de que, de allí en más, los Wichí quedan excluidos de esos lugares. Sin los recursos naturales que satisfacen las necesidades de su vida –sus alimentos, sus medicinas y los materiales de uso cultural (leña, horcones, fibras textiles, etc.)– se ve socavada desde las raíces su autonomía ancestral. Para sobrevivir, no les queda otra opción que ceder su labor y los recursos de que aún disponen, convirtiéndose así en cómplices involuntarios de su propio etnocidio.

La primera comunidad en verse amenazada por el avance de las topadoras, en 1996, fue la de Hoktek T'oi. Ante el peligro de sucumbir a lo que se pregona, desde la perspectiva estatal, como el “desarrollo económico de la región”, la comunidad opuso la defensa jurídica de sus tierras tradicionales. Impugnó los permisos de deforestación otorgados por la Secretaría de Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable de la provincia. En 2003, después de siete años de litigio, logró finalmente que la Corte Suprema de la Nación dicte una sentencia en la que fue declarada la nulidad de los permisos. Con ese fallo histórico, en el que por primera vez el tribunal superior hizo lugar a una demanda indígena, la deforestación de los territorios indígenas se torna ilegal en la Argentina.

Hoktek T'oi –la aldea a la que este libro hace particular referencia– está compuesta por los Wichí que tradicionalmente tenían su residencia principal en el sitio conocido en la toponimia propia como Hnetes ('Simbolar', denominado Alcoba en el habla no indígena). Reúne también a los miembros de otras aldeas tradicionales como Wo'na ('Miel de Avispa Bala') y Sopfwayuk ('Caspi Zapallo', sitio llamado Campo Cuervo por los criollos). Los indígenas fueron desposeídos de sus domicilios a raíz de distintos factores, tales como la ocupación de sus tierras por colonos criollos, su expulsión por terratenientes ausentes y, en la década de 1960, su traslado a la misión jesuita de San Benito sobre el río Tartagal.

Entre los que fueron reubicados en San Benito había dos grupos familiares que vivían en Hnetes, encabezados por †Miguelito y su hermano mayor clasificatorio †Chenpā. Después de un par de años, ambas familias volvieron a Zlaqatahyi. Miguelito se apartó de la misión porque su joven hija, T'uhniya, estaba en la mira de otro residente, Selyeis, quien ya tenía una esposa. Y Chenpā se fue porque, como chamán, se sentía

perseguido por el sacerdote. Así fundaron la comunidad Hoktek T'oi, en 1968, al lado de un pozo de agua que había sido perforado por la empresa petrolera estatal YPF, y que ésta, al retirarse del lugar, donó a la comunidad.

Desde sus comienzos, Hoktek T'oi se define como una comunidad indígena autónoma, sin dependencia política ni religiosa. Constituida como persona jurídica en 1996, logra recuperar en 1999 la propiedad de las 27 hectáreas ocupadas por las viviendas y chacras familiares de los miembros. (Hasta ese momento, el título de propiedad estaba registrado a nombre de una empresa con sede en Buenos Aires, a 2.000 km de distancia.) Dos años después, en 2001, la comunidad consigue por vía judicial retener la posesión de otras 17 hectáreas colindantes (también tituladas a nombre de la misma empresa). A fines del mismo año, el Congreso de la Nación declara de utilidad pública y sujeta a expropiación a favor de Hoktek T'oi las 3.000 hectáreas que interconectan el asentamiento actual de la comunidad con su ubicación original en Hnetes. A fines de 2004 la ley de expropiación se ejecuta cuando el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas notifica a la parte expropiada. A la hora de publicar este libro, la comunidad sigue esperando que el Estado argentino cumpla con la devolución de aquellas tierras situadas como un oasis indígena en el seno del territorio lacerado de Zlaqatahyi.

*

Por ser allí el chamanismo una realidad vigente más que una práctica desprestigiada del pasado, fue que en 1978 el autor se instaló en Hoktek T'oi para realizar investigaciones antropológicas. Existía la posibilidad de aprender sobre la espiritualidad wichí, cuya centralidad cultural se hacía cada vez más evidente.

Durante la primera noche, se escuchaba una voz que entonaba un canto chamánico. Atraído irresistiblemente por la vocalización modulada, el autor atravesó la oscuridad hacia donde el canto sonaba. Detrás de unos árboles, se vislumbraba una vivienda. Afuera apareció un semicírculo de figuras sentadas en el suelo, iluminadas por el fuego. En el centro del semicírculo, también sentado en el suelo, Chenpā curaba a un enfermo. Ante la presencia inoportuna del intruso, el tratamiento se detuvo al instante. Pero la visión momentánea del rito chamánico bastó para revelar el horizonte hacia donde se dirigía aquel viaje etnográfico.

Fue Yilis, el hijo de Chenpā, quien se convirtió en el guía principal del viaje. Dieciocho meses más tarde, cuando el autor estaba por volver a la universidad de donde había partido al comienzo, Yilis comentó: 'Se me hace que tus prójimos se van a reír de nuestra cultura.' El autor le aseguró que tenía la intención de hacer un trabajo que fuera

respetuoso del ser wichí. Y resultó que le llevó veinte años traducir ciertos términos del idioma wichí y articular la coherencia de su cosmología. Si el trabajo de campo fue un viaje lingüístico, un viaje por una selva de conceptos, interpretar los datos reunidos significó buscar una senda de salida de esa selva. Aparte de lo defectuoso que es su propio sentido de la dirección, el tiempo que el autor demoró en encontrar la senda indica que durante buena parte del camino hubo que abrir una nueva.

Uno de los conceptos más difíciles de desentrañar fue, precisamente, el del *husék*, que aquí se traduce como la 'voluntad'. Los motivos que fundamentan el planteo de la voluntad como principio analítico equivalente al "alma" se dan en el Anexo 2. Sin perjuicio de lo que allí se dice, cabe adelantar que lo que impulsó el uso del término fue, ante todo, la misma buena voluntad wichí, rasgo inconfundiblemente distintivo de su ser.

La buena voluntad wichí no es un fenómeno fácil de poner por escrito. Es probable que el lector termine de digerir las páginas del libro sin tener una idea clara del asunto. Más que nada se capta a través de una mirada, un dicho, un gesto, por medios comunicativos que eluden al intelecto. El intelecto, a través del discurso oral o escrito, sirve para ratificar *a posteriori* lo que se ha transmitido en forma inmediata. Sin embargo, nos compete hacer uso de la palabra para procurar dar cuenta de lo inefable, de modo que es pertinente dedicar unas líneas preliminares a la definición del tema.

La predisposición apacible de los Wichí ha sido objeto de comentarios desde el siglo XVII, cuando experimentaron por primera vez la así llamada "Conquista". Según su propia concepción, la violencia es contraria a la vida humana porque el bienestar colectivo depende de la armonía social. Por ese motivo, las relaciones interpersonales se fundan en la buena voluntad con el fin de evitar generar conflictos. La falta de agresión viene a ser, pues, el primer criterio para tener en cuenta al esbozar la buena voluntad wichí.

El principal exponente de la buena voluntad es el cabezante (*niyát*) de la comunidad. El (o a veces ella) es la piedra angular de la vida comunitaria. Responsable del bienestar mundano de sus dependientes, cuyos intereses debe priorizar, trabaja activamente para mantener las paces. El chamán (*hiyawú*) cumple un rol aparte pero complementario, en su calidad de sanador (masculino o femenino) que vela por el bienestar espiritual de los miembros de la comunidad. Su tarea consiste en alejar la enfermedad, entendida como una condición causada por la falta de buena voluntad, ya sea en el sujeto o en su entorno social.

La buena voluntad wichí está vinculada también con el principio igualitario que se trasluce en su organización política y económica. Para prevenir la acumulación de riquezas o poder –la que se considera en ambos casos socialmente disfuncional– se

promueve el valor de la redistribución. Así, el poder confiado al cabezante o al chamán los faculta para hacerse cargo del bienestar comunitario. Si no cumplen con su obligación o abusan de su poder para provecho personal, serán acusados de mal desempeño de sus funciones. A través de la murmuración, se busca corregir el desvío o, si no, provocar la caída del responsable.³

El colapso de las estructuras de poder también se evidencia en las relaciones de género, que en teoría funcionan en base a la complementariedad benévola. Las mujeres wichí ocupan una posición central en la comunidad en virtud del requisito conyugal de que el esposo conviva con el grupo familiar de su esposa. Ellas constituyen así los pilares de la comunidad, a la que los esposos pertenecen como miembros adjuntos desvinculados de la base de poder de sus propias familias natales. Esta pauta les confiere a las mujeres una seguridad socioestructural que aparece reflejada, en la mayoría de los casos, en el hecho de que están libres de la violencia doméstica. El hombre wichí, por su parte, es amansado, y su mansedumbre se transmite, de generación en generación, a sus hijos varones.

Toda cultura parte del principio de la buena voluntad. Si está ausente, no existe el mínimo de cohesión social necesario para sostener al grupo. Lo que varía es su alcance y los términos en que se manifiesta dentro del grupo beneficiario. Es decir que la buena voluntad puede ejercerse en un marco social más o menos amplio y puede expresarse de un modo más o menos altruista. En el caso de los Wichí, la buena voluntad es un requisito de toda relación social, si bien varía en su modo de manifestarse según la categoría social de la persona o del grupo al que está dirigida. Es decir que la buena voluntad que un Wichí manifiesta hacia aquéllos con los que convive no es igual a la que demuestra hacia los desconocidos o hacia las personas con las que está en conflicto. Pero todas las relaciones sociales de los Wichí –incluso las afectadas por la enemistad– responden al precepto de que deben encuadrarse en el marco de la buena voluntad. Si no, no son relaciones sociales en sentido estricto, sino relaciones presociales, propias de un estado inferior a la humanidad.

¿De qué les sirve a los Wichí su buena voluntad frente al avance de la globalización avasalladora? ¿Cómo puede ayudarles a enfrentar una población que quiere relegarlos al olvido? (Borges ya lo dijo, como expresión de racismo más que ciencia: “Persisten algunas lenguas indígenas, cuyo destino es el olvido”).⁴ Como saldo de esa confrontación intercultural de desiguales, los Wichí –tanto de Zlaqatahyi como de Lhaka Honhat– se ven despojados de sus tierras, de sus medios de sustento y de su

³ Cf. A. Puparelli, "Dos grupos mataco del Chaco salteño (Argentina)", *Suplemento Antropológico de la Revista del Ateneo Paraguayo* 4/2 (1969): 227-40 (en Arenas 2003: 119, n. 101).

⁴ Jorge Luis Borges, Prefacio al Diccionario Enciclopédico Grijalbo, Barcelona 1996.

libertad. La resistencia que oponen al fenómeno social que los amenaza se manifiesta a través de la paciencia y la tolerancia, expresiones de buena voluntad. Desterrados, desposeídos, acorralados, vilipendiados . . . aun así prefieren acomodar los intereses ajenos que llevan adelante la ocupación y depredación de su hábitat ancestral, antes que incurrir en un actuar que para ellos mismos sería culturalmente indefendible. Su propia ética de la buena voluntad facilita así el quehacer de los agentes de destrucción ambiental y cultural. Es decir, por tener culturalmente inhabilitado el ejercicio natural de la agresión –sobre todo en defensa de la tierra y de los recursos naturales– están expuestos a los abusos de derecho cometidos por los portadores de una cultura hegemónica. Asimismo, el diálogo –el recurso que los Wichí manejan para resolver conflictos– es inoperante frente a quienes administran los aparatos empresarial y estatal.

La buena voluntad es uno de los pocos atributos indígenas que los Wichí aún evidencian, y también se ve amenazada. Si bien parece dejarlos a merced de las fuerzas culturales que pesan sobre ellos, es su defensa contra esas fuerzas. Los Wichí entienden que no sirve combatir el fuego con fuego. La irresponsabilidad social, tal como la perciben, no se cura con más de lo mismo sino con lo opuesto. Es decir que se corrige por medio de la responsabilidad social, que es lo que se entiende por la buena voluntad wichí.

*

Los capítulos de este trabajo etnográfico están organizados según una estructura que va de lo general a lo particular. El análisis del *husék* –órgano de la buena voluntad wichí– se enfoca al final (Capítulo 6), mientras los cinco capítulos anteriores tratan del contexto histórico, geográfico y social en el que obra aquella expresión de la espiritualidad indígena. El Capítulo 1 resume la experiencia que los Wichí tuvieron de la colonización, desde su contacto con los conquistadores a principios del siglo XVII. El Capítulo 2 brinda una visión general del medio ambiente, tal como se percibe a través de la óptica de la toponimia wichí. Su representación toponímica del espacio se interpreta en términos de una ecología de la buena voluntad, en el sentido de que, al realzar los peligros del entorno, confirma el carácter que tiene la comunidad como un santuario de buena voluntad en el centro del cosmos. El Capítulo 3 aborda el tema del género, enfocando la figura de la mujer según se define a través de la iniciación femenina, los ritos de cortejo y la cosmología. El Capítulo 4 se refiere a los sistemas de parentesco y matrimonio, a los efectos de delinear los parámetros socioestructurales de la buena voluntad wichí. Se demuestra que aspectos característicos como el parentesco cognático (bilateral) y el matrimonio uxori-local no prescriptivo son consecuentes con la unidad sociopolítica al que

propende su ética de la buena voluntad. El Capítulo 5 examina la relación que existe entre la buena voluntad wichí y la guerra, entendida como un sistema para defender la buena voluntad contra la 'delincuencia' afinal. Por último, el Capítulo 6 considera al órgano mismo de la buena voluntad wichí. Se distinguen cuatro aspectos de su incidencia: su forma innata, presocial (la voluntad vital); su forma social adquirida (la buena voluntad); su forma chamánica especializada (la fuerza de voluntad, que viene a ser el equivalente wichí de *mana*); y su existencia póstuma bajo la forma del alma de los muertos.